

PASO DE SER EGOISTA

Dios hace milagros en los corazones generosos

Antonio Pérez Villahoz

C^e
COBEL EDICIONES

Primera edición: diciembre de 2014

© Cobel

© Antonio Pérez Villahoz

ISBN: 978-84-943317-4-9

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción | 7 |
| Así está el patio... .. | 9 |
| ¿Yo soy egoísta? | 13 |
| ¿Vale la pena ser egoísta? | 17 |
| El generoso atrae... y el egoísta repele | 21 |
| Radiografía de un egoísta | 27 |
| El peor egoísmo... el que no se reconoce... .. | 33 |
| El “santo” egoísta..... | 39 |
| Tu vida para Dios o tu vida para ti | 45 |
| El egoísmo mata a Dios | 49 |
| Poner en venta tu personalidad | 55 |
| ¿Ser cristiano hoy es posible?..... | 61 |
| La mirada triste | 67 |
| Nuestra mirada y nuestras intenciones | 73 |
| La mirada de Dios hacia nosotros | 77 |
| La mirada egoísta es absurda | 81 |
| El egoísmo nos hace insinceros..... | 85 |
| Decisiones que no comprometan | 91 |
| Las dificultades se comen al egoísta..... | 95 |
| amibola.com | 99 |
| El valor de la amistad | 103 |
| Ser agradecido no cuesta nada | 107 |
| Dios hace milagros en los corazones generosos | 111 |

| | |
|---|-----|
| Si quieres matar tu egoísmo, idéjate ayudar! | 115 |
| El rencor y la envidia, íntimos amigos del egoísmo | 119 |
| Apegarse a las personas no es lo mismo que quererlas | 123 |
| El egoísmo, puerta de la impureza | 127 |
| Adolescentes con el alma cansada..... | 131 |
| El fruto del egoísmo se llama tristeza | 135 |
| ¿Por qué el egoísmo nos aleja de Dios?..... | 139 |
| ¿Por qué nuestro egoísmo aleja a los otros de Dios? | 143 |
| La vida del cristiano es servir a los demás | 149 |
| Consecuencias del olvido de sí | 155 |
| El egoísmo, enemigo del apostolado | 161 |
| El egoísmo y la llamada de Dios..... | 167 |
| ¡Se me ha pasado la ilusión! | 173 |



INTRODUCCIÓN

Mala prensa tiene el egoísmo... pero no pocos seguidores.

Nadie desea ser egoísta... pero muchos practicamos este vicio con demasiado entusiasmo.

El egoísmo tiene mucho de parásito... Cuando se instala en el alma no hay medicamento que lo expulse definitivamente. Regresa una y otra vez. Se reproduce constantemente. Reaparece en los peores momentos y tardamos en darnos cuenta del daño inmenso que nos hace.

No lo queremos, pero tampoco ponemos los medios para quitarlo de nuestro interior. Se queda instalado dentro como un virus maldito y conta-

gia toda nuestra alma... y acaba destruyendo amistades, modos de pensar y de ver la cosas, alegrías, nobles sentimientos y hasta nuestros principios más sólidos... y dinamita, sin duda, nuestro trato con Dios.

El egoísmo, visto desde fuera, es patético... pero a veces no solo cuesta reconocerlo sino también querer remediarlo. Y caemos en sus mil trampas y nos dejamos engañar y embaucar por él... En muchas ocasiones, con consecuencias nefastas e irremediables.

Si de algo todos tenemos experiencia, es que el egoísmo nos hace pasar de Dios y de los demás. Por eso este libro lanza un mensaje nítido: “Paso de ser egoísta”... porque el hecho de no querer serlo ya es el primer paso para salir de esa situación. Sin olvidar nunca que *Dios hace milagros en los corazones generosos.*



ASÍ ESTÁ EL PATIO...

Hablemos de egoísmo... pero hagamoslo con seriedad. Vivimos en un mundo sumamente falso, que por un lado alaba todo tipo de actos solidarios y benéficos y, por otro, sin anestesia inducida, te engulle con mensajes del tipo “piensa en ti”, “no te dejes influir”, “ve a lo tuyo y haz con tu vida lo que te plazca”.

Todos estamos muy dispuestos a retituítear frases de apoyo a los asesinados en países en guerra, a los negros y a los blancos que se mueren de hambre, a las niñas violadas de un país africano, a los voluntarios de una misión humanitaria de cualquier continente... pero, a su vez, somos incapaces de tratar con respeto a la vecina del quinto, a no rajar del jefe en el trabajo o ayudar a

un compañero al que se le dan mal las matemáticas. Parece que nos afecta mucho la injusticia del que está lejos pero obviamos la del que tenemos enfrente. Y pasamos al lado, todos los días, de personas que sufren porque tienen hambre, no tienen trabajo o están en la más absoluta soledad, y ni nos inmutamos... Vemos a un pobre en la puerta de una iglesia, o a un rumano instalado en un semáforo, y se despierta en nosotros la desconfianza y el recelo... Nos aterra saber que se utiliza a niñas de doce o quince años como mercancía de explotación sexual en países europeos... pero no nos preocupa violar con nuestra imaginación a esa adolescente que pasea por nuestra urbanización.

Esta es la falsedad de nuestro mundo. Nos movemos en una sociedad con falta de autenticidad y de coherencia. Vivimos en una calle narcotizada contra la generosidad concreta con el de al lado. Nos encanta la palabra “servir”, pero preferimos dejarla para actos de gran envergadura, para programas de solidaridad de fila o... pero no para su uso diario..., no vaya a ser que eso fastidie nuestra egoísta manera de vivir.

Y si aplicamos este modo de ver la vida con respecto al alma, entonces nos ponemos a la defensiva, como con miedo a que nos puedan echar algo en cara. Cualquier discurso que hable de lucha personal, esfuerzo, sacrificio, olvido de sí, templanza, salir de nuestras comodidades, etc.,

nos huele a palabras huecas. Parece entonces que los únicos vocablos que deseamos oír son aquellos que no comprometan a nada. Y reducimos el afán de santidad a una quimera inalcanzable. Nos agazapamos en ese lenguaje perverso de la sociedad de hoy: “no hay que exagerar con nada... y menos con Dios” o “la religión para aquellos a los que les guste perder el tiempo y el dinero”, o peor todavía: “no creo en aquellos que se pasan el día rezando en lugar de estar en África cuidando a los muertos de hambre”. Nos hemos instalado, admitámoslo, en una especie de miedo a Dios, de rechazo a todo lo que tenga tintes de cosa sobrenatural.

Y para colmo, los cristianos hemos reducido nuestra fe a ir a Misa de doce el domingo... y además llegando tarde.

Y así pasan los años hasta que un día llega alguien, y con su ejemplo de vida, abofetea nuestra conciencia adormecida de tanto pensar en uno mismo... Mira lo que escribía un periodista tras fallecer un misionero de un país africano por contagio del ébola: “Yo soy ateo. No agnóstico. Ateo. O sea, que estoy convencido de que los curas se pasan la vida creyendo en una mentira. Creo, además, que toda mentira es dañina. Y de sobremesa en sobremesa exhibo con arrogancia mi materialismo. Pero la coquetería me dura hasta el preciso instante en que me entero de que un misionero se ha dejado la vida en Liberia

por limpiarle las pústulas a unos negros moribundos. Entonces me faltan huevos para seguir impartiendo lecciones morales. Principalmente por lo aplastante del argumento geográfico. El estaba allí con su mentira y yo aquí con mi racionalismo”.

Así somos los hombres. Así somos tú y yo. Así está el patio del mundo en el que vivimos. Por eso, si quieres que hablemos de egoísmo, hagámoslo. Pero seamos serios... No es un tema, visto las consecuencias, para tomárselo a broma por muy pavos que estemos.



¿YO SOY EGOÍSTA?

A nadie le apetece que le tilden de egoísta. No es un calificativo que de gusto oír en boca de otro cuando se refiere a uno mismo... pero la realidad es tozuda. Y ante la pregunta de si tú y yo somos egoístas, la única respuesta verdadera es decir que sí... Y lo somos por muchas razones, pero la primera es porque llevamos dentro el pecado original y tenemos una inclinación innata a ir a lo nuestro, a encerrarnos en el caparazón de la comodidad, a usar a los demás, a pensar en el “yo” en primer lugar, a desear antes que nada nuestro beneficio... Por eso, y por muchos más motivos que iremos descubriendo, no podremos negar que tú y yo somos dos perfectos egoístas... Ahora bien, el problema no es ser egoísta... el problema es que nos dé igual ser egoístas... Ahí está la diferencia entre estar delante de una buena persona y no estarlo...

A veces nos justificamos pensando que los seres humanos nacen siendo generosos o nacen egoístas... No te niego que la educación recibida, el propio carácter y el temperamento de cada uno facilitan o entorpecen la virtud de la generosidad... pero es falso afirmar que nuestra forma de ser en la vida lo determinan nuestros cromosomas... y es falso, porque todos experimentamos esa lucha entre ir a lo nuestro o darnos a los demás... Todos –todos los días- hemos de pelear contra ese hombre viejo, contra esos deseos innatos de comodidad y de egoísmo... y unas veces ganamos y otras perdemos, pero, o partimos del firme convencimiento de que llevamos dentro un egoísta que desea mandar sobre nosotros mismos, o jamás podremos matar a ese tirano.

Por eso, el problema no es ser egoísta... el problema es pensar que uno no lo es. Muchas veces identificamos al egoísta con un ser imaginario que deja desvalida a una pobre anciana caída en mitad de un paso de cebra... Y eso claro que es ser egoísta, pero lo triste es lo indulgentes que somos con nuestras manifestaciones concretas de egoísmo... Siempre nos parecen algo sin importancia, poca cosa, algo que hace todo el mundo. Ni siquiera reflexionamos sobre nuestra actitud por miedo a descubrir hechos que no nos gusten. Y dejamos pasar, una tras otra, mil manifestaciones de ir a nuestra bola y de no estar pendientes de los demás... Y ese egoísmo, si no se percibe y se lucha por remediar, acaba

creando una costra en el alma que impide dejarnos ayudar. Nos diran en la dirección espiritual que tenemos manifestaciones de egoísmo y nos enfadaremos porque no queremos aceptarlo... y más tarde, cuando es evidente nuestro egoísmo hasta para nosotros mismos, ya no desearemos rectificar y nos diremos que ya es imposible poder cambiar, que somos así, que ese es nuestro carácter. Y nuestras razonadas sinrazones harán ineficaz el empeño por ayudarnos...

Piénsalo... Quien no pone esfuerzo en ser generoso, en darse a los demás, en tener manifestaciones concretas de servicio... entonces está invirtiendo en el propio "yo". El egoísmo no es neutro. O va a más o va a menos.

Cada mañana, al levantarse, solo hay una pregunta a la que responder: ¿Elijo a Dios y a los demás... o me elijo a mí mismo? Esa es tu vida y la mía... Y la elección que hagamos marcará el camino de nuestra existencia en esta tierra. Y de responderla bien –acertadamente- nos va la felicidad en ello. Por eso es tan importante luchar por ser generoso... luchar por no ser egoísta.

¿Sabes cuál es el verdadero mal del egoísmo? Escuchalo despacio, deja paladear la respuesta en tu inteligencia, no leas esto de corrido como si fuera una frase hecha... porque no lo es. Porque ese mal que trae consigo el egoísmo, a tu alma y a la mía, se llama corrupción...

Quien cae en una vida egoísta, quien se queda sin salir de ahí, destruye las más íntimas de sus convicciones, cambia un corazón bueno por un empeño en ir a lo suyo, deja de ser hombre de deseos para convertirse en un hombre de profundos desalientos... y esa alma -te insisto- se corrompe porque deja de tener una amistad personal con Cristo..., no interioriza; cumple, pero está vacío, reza, pero no ama... su trato con Dios no es personal, es propio de almas de folleto pero no de almas reales, de esas que cuando sufren -porque todos hemos de sufrir- prefieren cobijarse en el corazón de ese Cristo que les quiere y no en los placeres de su «yo».

Por eso, el egoísta no se entera, no pilla el fondo de las cosas, no se fia, no se deja ayudar, no abre su alma de verdad... De ahí que sea tan difícil «despertarle»... porque él siempre tiene razón... porque solo mira lo que le interesa, porque deja de agradecer, de ver su vida como un regalo y una misión... porque solo quiere el beneficio inmediato, aquello que le apetece y que siempre coincide -es curioso- con lo que no supone esfuerzo. Se huye del sacrificio, de mirar el bien del otro... y el alma queda corrompida y atrapada en un «yo» que, más antes que después, le genera el hastio hacía mismo.

Eso sí -no lo olvides-, al final es la soledad, la desesperanza y la tristeza el único premio que se obtiene de esta amarga manera de vivir.



¿VALE LA PENA SER EGOÍSTA?

Todos contestaremos con un rotundo no a esta pregunta, pero...

Y es que hay muchos peros en nuestra respuesta.

Decimos de carrerilla que ser egoísta no merece la pena porque eso no hace feliz a nadie. Pero aunque lo sepamos, seguimos siendo egoístas y a veces, incluso, amamos profundamente ser egoístas; encerrarnos dentro de nosotros mismos y desentendernos completamente de Dios y de los demás.

Seguir la senda del egoísmo es absurdo, pero todos tendemos a ello. La calle nos lo grita de continuo... Mensajes como “piensa en ti”, “no

te comprometas con nada ni con nadie”, “haz lo que te apetezca” o “sigue tus instintos” están en boca de muchos... y a veces en el comportamiento propio ¿Por qué? Por la sencilla razón de que nadie desea ser un egoísta puro pero tampoco renunciar del todo al egoísmo. Todos deseamos probar, antes o después, el supuesto placer de vivir mi vida para mí.

¿Pero esto merece realmente la pena?, ¿es feliz quien vive constantemente pensando en los demás?, ¿no es bueno un poco de egoísmo, aunque sea en pequeñas dosis? Preguntas que todos nos hacemos y que conviene saber responder con acierto.

¿Qué dirías de una madre que dijera que ella prefiriera ser egoísta? Pues aparte de agradecer mucho que esa madre no sea la tuya, algo nos avisaría por dentro que esa madre actúa mal, algo chirria cuando vemos el calificativo de egoísmo puesto al lado de palabras como madre, amor, padre, Dios, amistad, novia, etc... Y es que, sencillamente, ser egoísta es incompatible con ser generoso y con saber amar. Y nada merece tanto la pena como estas dos realidades. Otra cosa muy diferente es que muchas veces cueste, no apetezca o suponga un sacrificio notable, pero sólo quien no desea ser egoísta de verdad, quien está dispuesto a dejar de serlo, quien quiere luchar por ello... es la persona que sabe responder a la pregunta de si merece la pena ser egoísta...

No, no merece jamás la pena, pero eso hay que comprobarlo con la propia pelea diaria, con ese ir enterrando el “yo” que nos aparta de Dios y de los demás, con ese ganar y perder, acertar y equivocarse de cada día, pero siempre con el deseo de rectificar, de pedir perdón y de recomenzar esta batalla contra el egoísmo personal. Así –peleando así- es como se sabe a ciencia cierta que no merece la pena ser egoísta.

¿Y cómo llegar a la generosidad? ¿Cómo se logra no vivir pendiente de uno mismo? La pregunta tiene una sola respuesta: amando. Sólo quien aprende a amar a Dios y a los demás por encima del propio yo saborea esa felicidad inmensa que proporciona la generosidad. Por eso, el regusto del egoísmo siempre tiene sabor a placer amargo.

Sólo quien se sabe profundamente egoísta es capaz de desear de verdad no serlo. Quien se engaña pensando que no lo es -que hay muchos peores que nosotros-, jamás dejará de buscar su placer y su comodidad.

Sólo quien es capaz de matar el “me apetece” para sustituirlo por el “darse a los demás”, entenderá que no hay negocio más rentable que vaciar el propio “yo” para que solo quepan los otros... pero eso es algo que le toca a cada uno descubrir. Así es como se experimenta que no hay alegría mayor que vivir para servir a Dios y a las almas...

Así es como se entiende que para conseguir «la felicidad no se necesita una vida cómoda sino un corazón enamorado».

Por eso, ¡qué triste es el sendero de los que renuncian a ese ideal grande de la generosidad, qué penosa la existencia de los que prefieren una vida sin lucha y sin esfuerzo! Y si eso es el camino que quieres, entonces continua con esos días de no hacer nada... Déjate -como siempre- vencer a la hora de la tentación. Acuéstate cuando más te apetezca y levántate cuando te venga en gana. No tengas ningún plan de vida de piedad. Procura no aprovechar el tiempo en el estudio. Marea todo lo que puedas y mira toda la televisión que te dejen. Víciate con cualquier juego de ordenador y navega por internet sin límites de tiempo y sin criterio. Deja que tus ojos vean todo lo que quieran y dile a tu imaginación que corra y vuele por el trastero de tu sensualidad... Y, sobre todo, no pienses en los demás sino en ti y en tus cosas. Llena de antipatías y celos tu trato con los otros, apégate a los que te caigan bien y adormece tu conciencia cuando te hable de conceptos como Dios, lucha, sacrificio, reciedumbre, alegría, servicio, entrega, lealtad, honradez o generosidad...

¿Serás capaz luego de decirte que eres una persona feliz... que estás contento de verdad?